

NIÑOS DEL NILO

José María Hernández Díaz

Hace no muchos meses tuve la oportunidad de visitar Egipto, de conocer en directo algunos de los más bellos episodios, monumentos, parajes, testimonios que la humanidad nos ha legado con fidelidad desde hace siete, cinco o cuatro mil años hacia acá.

Templos erigidos a orillas del Nilo, a lo largo de cientos de kilómetros de su impresionante curso, como los de Abu Simbel dedicado a la grandeza de Ramsés II, o los no menos faraónicos y maravillosos de Luxor, Karnak, Edfu, Deir-El-Bahari. Nombres y gigantescas estatuas de faraones como Ramsés, Amenophis. Faraonas y reinas como Nefertiti, Hatshepsut, con sorprendentes mausoleos. Maravillosas y recónditas sepulturas en el secreto Valle de los Reyes como las de Tutmosis, Seti, y toda la larga gama y dinastía de los Ramsés, y otras trasladadas al museo nacional en el Cairo, tan admirables y suntuosas como la de Tutankhamón. Esfinges tan grandes y majestuosas cuanto expectantes y enigmáticas como las de Gizeh o Menfis, impresionantes colosos como los de Memnón. Obeliscos de dimensiones y peso casi inimaginables si no se palparan y vieran. Ciudades de referencia histórica tan universal como Tebas, Menfis, Edfu, Aswan, Alejandría, El Cairo. Un centenar largo de pirámides regado por todo el país, entre las que sobresalen las de Keops, Kefren, Micerinos, Sakkara, se erige de forma emblemática en prototipo de la búsqueda de la inmortalidad por el hombre, al fin y al cabo los limitados hombres, tal como ya se preguntaban y trataban de responder los viejos e inteligentes egipcios varios milenios hacia atrás.

Y seguramente que por encima de todos los nombres míticos y emblemáticos mencionados, como elemento superior y vertebrador, el Nilo, el río sagrado.

La ruptura entre la constante y abrumadora inmensidad del desierto egipcio, a ambas riberas del cauce fluvial, se convierte en una de las atracciones del visitante. Más chocante aún debe resultar sobre todo para el hombre de a pie, que padece o disfruta de las ventajas y desventajas de un gran río, o de una ingente masa de arena, piedras y secadal absoluto. Porque en Egipto casi nunca llueve, y siempre puede hacer frío, o mucho más extremo calor, siempre seco, árido, tórrido.

Por supuesto que el pasado milenario y faraónico en Egipto, cargado de civilización, peso histórico y reconocimiento universal se vuelve consustancial al ser del actual país norteafricano, pero el presente no deja de ser tan chocante y contradictorio, tan atractivo por ello. El Egipto de hoy lucha por emerger de muchas de sus contradicciones históricas, tanto como por asentarse de forma sincrónica en tradiciones premedievales. No sabemos hacia donde se inclinará al fin la balanza.

Pero hemos observado que desde el interior de este murmullo de confrontaciones que se perciben en la compleja sociedad egipcia de comienzos del siglo XXI aflora por todas partes una infancia generalmente poco dedicada a las tareas normales de un niño en nuestro rico y avanzado Occidente, y en concreto Europa, lugar simbólico, mítico y casi paradisiaco para el expectante y ansioso observador egipcio desde la otra costa mediterránea, tierra prometida para millones de adultos y niños egipcios. En el imaginario colectivo del egipcio de a pie, Europa, su bienestar, riqueza, estabilidad, y la de su infancia se ofrecen como el ideal de vida, la aspiración a conseguir. De trasladar ese mensaje de lujo, opulencia, placeres de todo tipo, inasequibles para la mayoría de los egipcios, se encargan todos los días cadenas de televisión de Italia, Francia o España, canales europeos o la CNN. Y desde luego lo que más cala e impacta en las aspiraciones y sueños de todos ellos, sobre todo entre jóvenes y niños, son los grandes jugadores de fútbol, unos llamados Raúl o Ronaldinho, por no citar otros, nuevos dioses, faraones, aspiraciones imposibles de millones de ciudadanos del mundo, desde luego del mundo infantil egipcio.

Entre nosotros (Occidente) el niño, en términos generales, tiene garantizados los derechos de la infancia, los asumidos por la UNESCO como tales: alimentarse correctamente, aprender hábitos higiénicos, servicios sociales a punto, iniciarse en los rudimentos de la cultura, asistir a la escuela, no tener que trabajar hasta los 16 años, disponer de espacios y tiempos para el juego y la práctica del deporte, madurar con calma como niño (no digamos como niña), vivir la infancia en plenitud, tener garantizada la sanidad y la escuela, percibir el castigo como práctica que decrece día a día en los ámbitos escolares o familiares. Esta no es la realidad de la infancia que se observa en el Egipto actual.

Enganchado a la lectura de la recomendable y atractiva novela de Alá al Aswany, «El edificio Yacobián» (2007), el lector se ve introducido en la compleja sociedad cairota de nuestros días. El afecto más sincero, complicado con la corrupción más abyecta; la búsqueda de la libertad colectiva e individual, condicionada por una moral religiosa teñida de tradicionalismo islámico; la dialéctica entre los beneficios de una cada día más postergada cultura occidental, en versión británica de principios del siglo XX, y los esfuerzos de una propuesta oficial casi laica, y siempre cuestionada desde el lado de imanes, y posiciones islámicas integristas; la corrupción de un aparato político asentado en el poder de las armas y la policía, tanto como en la inanición e incultura política de la mayoría de los presumibles votantes; la posición de la mujer aspirante a liberarse como persona y grupo, engullida por la maquinaria social y moral islámica representada en el pañuelo que cubre la cabeza, con todo lo que ello representa de sumisión a la cultura dominante del varón y de las posiciones morales islámicas más reaccionarias; barrios cairotas de increíble riqueza antropológica como la «ciudad de los muertos» combinados con un ritmo de magalópolis imposible de vivir por la pelea de estricta supervivencia que representa a cada instante.

Un Egipto rural, agrícola, donde el burro sigue siendo el medio de producción y transporte habitual, dominado por la chilaba en los hombres y por el vestido de pies a cabeza en la mujer (con frecuencia de color gris oscuro o negro), contrasta con la oportunidad de pequeño negocio que representa el turismo de los ricos occidentales que se pasean en crucero por el Nilo.

El trazado del ferrocarril que comunica Asuán con El Cairo corre paralelo al cauce fluvial del gran río, o junto a alguno de los muchos y bien diseñados canales que derivan del mismo. El tren que por la orilla comunica al alto Egipto con las ciudades del delta que confluye en el Mediterráneo, y las del entorno de El Cairo, es un contraste profundo de civilizaciones. Sin duda es expresión de modernidad, pero también ruptura a un tiempo de la serenidad de las palmeras de la orilla, de los milenarios cultivos que cuidan y promueven en formato secular millones de campesinos anónimos, o quiebra de la extrema y amenazante sequedad del desierto, siempre expectante e inmenso, siempre aterrador y dominante fuera de ese minúsculo espacio de terreno que irriga el gran río Nilo, si lo comparamos con el conjunto del territorio egipcio (el 95 % de la superficie del país es simplemente desierto, piedras y arena).

Un Egipto urbano y más abierto a la modernidad, manifiesta cierta emergencia industrial, hotelera y comercial, con más de 75 millones de habitantes, y con un ritmo de crecimiento demográfico imposible de absorber en cuotas de dignidad social mínima, en particular para los niños, y aún menos para las niñas. Y es que los derechos de la infancia en Egipto gozan de poca y no muy buena salud.

El Museo de El Cairo, visitado cada día por millares de personas procedentes de todo el mundo, es desde 1902 el cobijo de las más importantes colecciones de la cultura egipcia hasta el presente rescatadas, desde 5.000 años antes de la era cristiana. Junto a una inmensa mayoría de visitantes occidentales y asiáticos, de procedencia japonesa, a veces resulta esperanzador observar que algunos profesores egipcios tratan de explicar a sus alumnos, incluso de corta edad, algunas de las maravillosas expresiones de su propia cultura milenaria, que por fortuna ha alcanzado la gloria de los universal.

Pero es verdad que se pueden contabilizar siempre muchos más niños blancos y europeos, que los propios del entorno egipcio, de tez morena y aceitunada, característica de los magrebíes del norte de África, o la más negra de los nubios del alto Nilo que se han desplazado hasta la capital. Da la impresión que el niño egipcio en estos inicios del siglo XXI, a pesar de los evidentes esfuerzos del sistema escolar desde los tiempos de Nasser, no ha gozado todavía de las oportunidades necesarias para que se le haya preparado y sensibilizado en los centros educativos para poder visitar y disfrutar con gozo del lujo cultural, histórico y estético que contiene el gran museo de su propia ciudad y capital, promovido y organizado inicialmente por el arqueólogo francés Auguste Mariette desde finales del siglo XIX.

Los fondos de este fantástico Museo de El Cairo pertenecen a la cultura universal, y muchos de ellos nos dicen muchas cosas de los niños del Egipto más antiguo. No se reducen a ofrecer la impresionante tumba de Tutankhamón, como tal vez pudiera deducir el visitante apresurado y superficial. Es obvio que hay que tratar de entresacar este filón infantil entre un impresionante bosque, casi selva, de grandes atracciones escultóricas dedicadas con preferencia a faraones y faraonas, a esposas nobles, a las grandes familias. Pero también el visitante más curioso y detallista se puede permitir disfrutar de bellas manifestaciones pictóricas, de miles de objetos de la vida cotidiana. Especial mención nos merece el mundo infantil en el marco familiar, en la vida cotidiana, la iniciación a los oficios, los preciosos y milenarios juguetes artesanales o más elaborados, tan representativos de una infancia noble, como de otra infancia más popular.

La mezquita-madrasa de Al-Azhar (empezada a construir en el año 970 y activa desde 975 hasta hoy), no es un espacio propio de los niños. Encontramos en su interior alumnos que son niños mayores, adolescentes, y más jóvenes y adultos dedicados en diferentes grados al estudio de la teología coránica, aunque en la actualidad también abiertos a otros campos científicos. Para nosotros la visita a su interior nos resulta especialmente emblemática por el fantástico peso de la historia educativa que encierra, tal como desde hace años explico a mis alumnos de Historia de la Educación. Al-Azhar está considerada

entre los musulmanes como una de las madrasas más antiguas e influyentes de toda la historia cultural y religiosa del islam, por su doble condición de centro escolar superior y lugar de peregrinación religiosa para todo el amplio mundo musulmán. Esta universidad-mezquita suscita a quien suscribe, cuando se encuentra en su interior, dos posiciones ambivalentes.

Por una parte Al-Azhar transmite al estudioso y al visitante interesado la percepción del valor de la universalidad y fraternidad religiosa y cultural islámica, con todo lo que de apertura y fácil encuentro de pueblos y persona representa. Es una de las máximas expresiones de la hospitalidad intelectual propia de las raíces más profundas de la religión y cultura del islam. La mezquita-universidad en la actualidad acoge a visitantes y estudiosos de la teología y cultura musulmana de los más diversos países, preferentemente los africanos, magrebíes, árabes y otros lejanos de oriente, en la parte de Indonesia y proximidades.

Sigue vivo en Al-Azhar el espíritu de lo universal que emerge de las madrasas medievales, y que permitía un fácil flujo y encuentro entre estudiantes y creyentes de todo el mundo. Siempre bajo la protección y la orientación del maestro, del admirado profesor de teología. Era también el espíritu propio de las primeras universidades europeas que con seguridad se inspiran en sus orígenes en estas madrasas islámicas en algunas de sus formas de organización y de estudio.

Pues debemos hacer presente que hoy, en los inicios del siglo XXI, se mantiene casi intacto ese estilo pedagógico del preceptor admirado, del maestro de teología coránica, rodeado de sus alumnos, quienes escuchan embelesados sus sabias explicaciones sobre las tradiciones de Mahoma y el mundo religioso del islam. Son alumnos de todo el mundo, como puede apreciar quien se adentre en esta histórica madrasa de Al-Azhar con espíritu observador, situada en el corazón de El Cairo más histórico.

Pero por otra parte Al-Azhar nos llena de preocupación, por lo que sabemos que también encierra de intolerancia, de interpretación cerrada de la teología coránica. Es una de las expresiones reconocidas del integrismo religioso del islam, que por cierto se encuentra muy en alza en Egipto, como viene sucediendo en otros países árabes y magrebíes en los tiempos que tocan. El ya citado escritor egipcio Alaa Al Aswany, en la obra mencionada, sin ser un historiador en sentido estricto, pero con un dominio profundo de las interioridades de la actual ciudad de El Cairo, dedica páginas ciertamente aterradoras a la violencia política y religiosa que se desprende de la conducta de muchos jóvenes formados en los círculos coránicos de esta madrasa de Al Azhar.

La visita a las famosas y milenarias pirámides dedicadas a Keops, Kefren y Mikerino, ubicadas a las afueras de El Cario, bien de día o de noche (se puede

disfrutar ante ellas de un espacio nocturno de luz y sonido sencillamente espectacular) encierra para el observador mil y una sorpresas, reflexiones, alabanzas, sentimientos, actitudes de asombro, recuperación de la memoria colectiva, un sinfín de elementos que enriquecen nuestro mundo interior personal. La muerte, la trascendencia, la eternidad, la universalidad, que forman parte del pensamiento y el simbolismo del Egipto más lúcido de la antigüedad, se ven muy bien representados en estos magnos monumentos, ciertamente faraónicos, que son las pirámides, diseminadas por buena parte del actual Egipto.

De forma semejante a como lo hacen otras culturas milenarias al otro lado del Atlántico (mayas, aztecas, olmecas, incas y tantas más), que encuentran en la pirámide el formato más idóneo para trasladar a los hombres de su tiempo (y también a los del presente) un mensaje fuerte de trascendencia y de búsqueda de continuidad, éstas de Egipto se erigen muy soberanas y poderosas en el desierto, con carácter impenetrable ante el tiempo. Adoptan una actitud pedagógica, de invitación a pensar en la condición humana, de enseñar a niños y adultos cuáles son los límites del hombre, incluso queriendo ser un dios, un faraón.

Las pirámides son también para el ciudadano egipcio de a pie de nuestros días una pequeña oportunidad para sobrevivir, mendigando ante el turista que llega de todas partes del mundo, o por la oferta de algunos servicios, como el paseo en camello en el entorno de las pirámides y la esfinge.

Ahí es donde se nos atraviesa otro elemento añadido, como es el niño en su condición de cuidador y guía de camellos, o de prestador de otros servicios semejantes, de trabajador a pleno tiempo, bajo un sol inclemente. Niños y adolescentes atendiendo día tras día, año tras año, durante largas jornadas, la posibilidad de obtener unas monedas que llevar a casa. Nos recordaba la penosa condición laboral infantil de tantos niños españoles, pocas décadas atrás, nos remite a la situación de falta de protección de tantos millones de niños en todo el mundo, incorporados con muy pocos años a las tareas productivas más diversas, algunas de ellas muy exigentes en lo físico, y deleznable en lo moral. Es cierto que uno tiene que explicarse las situaciones en el contexto en que se producen, pero estos niños egipcios tienen en lontananza muy pocas oportunidades para la cultura y la libertad. Mientras su obligación personal y la de las autoridades es procurar su activa presencia en la escuela, lo que ocurre en la práctica es su incorporación temprana a la actividad laboral, sea cual fuere esta.

Allí también se observa al niño pillo, al predelincente, que estudia cómo hurtar al desaprensivo turista. Vemos al adolescente casi niño que se enfrenta a pedradas a una policía desasistida, porque no dispone de los recursos adecuados para evitar ese tipo de conductas asociales, propias de niños que han

de buscar en la calle, en el desierto, en las proximidades de la pirámide, la moneda con que mitigar su miseria.

En la ciudad de Menfis, muy cerca de la famosa esfinge, y de otra no menos gigantesca y faraónica estatua dedicada a Ramses II, se nos permitió observar desde dentro, aún con muchas limitaciones, una escuela secundaria del sistema público. En palabras de Hanan, nuestra amable acompañante y traductora, nos encontrábamos en una escuela tipo, expresión del abandono y desastre en que se encuentra la escuela pública obligatoria en Egipto. La falta de higiene, el desorden, la mala organización, el escaso salario y la desmotivación de los profesores, ofrecían una imagen muy desilusionante. Las respuestas que nos daban los interlocutores eran vagas, temerosas, escépticas. Aquello era un auténtico caos. Eso sí, por todas partes, en las paredes del centro escolar aparecían escritos del Corán, dibujos del mundo religioso islámico, tantos como imágenes pintadas de los actuales dirigentes egipcios.

Sabemos que en el Egipto de nuestros días la mortalidad infantil se eleva al 36,7 por mil, siendo la esperanza media de vida los 70 años. También conocemos datos aún muy preocupantes sobre la alfabetización de los egipcios. Todavía el 32,8 % de los varones, y el 56,4 % de las mujeres no saben leer ni escribir en 2007, cifras que se daban, por ejemplo en España, hace un siglo, en 1910. También se informa oficialmente que el gasto en educación se eleva al 4,7 % del PIB, pero eso no se traduce todavía de forma visible en la cultura media de los ciudadanos.

Es cierto que también se perciben algunos indicadores de esperanza para los niños, jóvenes egipcios, para su cultura y formación. Así, camino de Sakka-ra, no muy lejos de El Cairo, donde se puede admirar un grupo diferente de pirámides en pleno desierto, tuvimos la oportunidad de visitar una de las varias escuelas de alfombras que funcionan con apoyo del gobierno. Es el equivalente a un tipo de formación profesional, pero con un modelo de formación gremial. El niño, el adolescente, aprende a tejer alfombras observando cómo lo hace el maestro, el oficial, o aceptando sus correcciones e indicaciones. El niño tiene ante sí un telar que va tejiendo con la colaboración vigilante de otros jóvenes algo más avanzados en el aprendizaje del oficio, y todos ellos bajo la atenta mirada del maestro. Es un motivo de esperanza porque la alfombra es un producto que encuentra salida en el mercado europeo, y en el turismo. Es una forma sencilla de promoción cultural, artesanal, profesional para los niños y adolescentes.

Cerca de Menfis también se puede visitar un centro de elaboración del papiro, donde los jóvenes (también en femenino) pueden aprender el oficio de preparación del sistema o soporte de la escritura o de la pintura a partir de un elemento tan natural como una planta que nace en el Nilo, y que adoptó prác-

ticas culturales milenarias, como es sabido. Es esa una tradición muy arraigada en el quehacer artesanal egipcio, por lo que tratan de formar a los jóvenes en el manejo correcto del oficio de elaboración de los famosos papiros egipcios. Es al mismo tiempo una forma directa de capacitación profesional para los niños y jóvenes, que sin duda debe ser aplaudida.

Estos ejemplos de atención formativa hacia niños y adolescentes son reales, pero no son la expresión mayoritaria de la debida acogida que merecen los niños y jóvenes egipcios por parte del sistema educativo y de protección social. Lo habitual es encontrarse a los niños vinculados al trabajo, a la explotación laboral, o a la pura supervivencia en plena calle. La venta de todo tipo de objetos, los recados, los servicios que el adulto precisa son la tarea habitual de un niño egipcio en la ciudad. No hablemos ya de conductas asociales o predelinquentes, que también se pueden observar. El entorno de una gran mezquita, como la de Mohamed Alí, una de las más destacadas entre el centenar largo de ellas que existen en El Cairo, lugar estratégico para defender la ciudad en su día, y para observarla hoy desde cierta elevación, espacio de peregrinación y oración para los musulmanes, es un auténtico zoco de compraventa. Allí son muchos los niños que ofrecen mil y un productos al visitante, como forma de obtener algún recurso. Es una forma muy habitual de trabajo infantil, extendida en toda África, y en general en el Tercer Mundo.

Mientras navegábamos por el Nilo a la altura de Asuán en un falucho, pequeña embarcación tradicional egipcia, camino del poblado nubio que pretendíamos visitar, dimos vista al famoso Old Cataracy Hotel, de magnífico trazado y estilo colonial inglés, con gratos recuerdos de novelas de Agatha Christie y films como el titulado «Asesinato en el Nilo». Entre juncos, plantas de papiro, y fauna volátil autóctona del Nilo, irreconocible para nosotros, pero bella y siempre cantarina, pudimos observar la descuidada atención ecológica del histórico río, el descontrol de vertidos, la presencia impune de desagües y basureros que caían directos al río, y que nos inducían a un creciente desánimo. Si sigue así unos años más este abandono y descontrol de vertidos por parte de las autoridades, a pesar del notable caudal del Nilo, este gran río, esta hasta ahora inagotable fuente de vida sólo será muerte, agua corrompida, estéril para la vida, para la flora y la fauna, para el hombre, para los hombres.

Y mientras tanto, a pesar de la vigilancia que ejercía la policía con sus lanchas, aparecían por sorpresa decenas de niños de edad estimada entre 9 y 14 años. Como auténticas ratas de agua, se ocultaban entre los juncos, «navegando» en minúsculas barquitas de madera que se habían fabricado ellos mismos con muy pocos recursos. Todos ellos vestían camisetas de jugadores de fútbol de colores bien fáciles de identificar en las ligas europeas, como es el caso de Milán, Juventus, Real Madrid, Barcelona, Manchester United, Chelsea y otros.

El Nilo, a través de esas figuras infantiles que emergían de forma rápida de la maleza, se convertía en un muestrario de los más representativo de las aspiraciones del imaginario colectivo infantil egipcio (aunque no sólo, claro está), que se identifica con lo que de influencia ejerce el fútbol de los países ricos. Eran varios niños pobres y miserables los que en su camiseta, a la espalda, lucían nombres de Raúl, Ronaldinho, Ronaldo, Zidane, Eto'o, Figo, Beckham y otros más, todos ellos emblemáticos y rutilantes jugadores de fútbol en fantásticas ligas de las estrellas.

¿Qué hacían allí estos grupos de niños, durante horas, a pleno sol, escondiéndose, emergiendo con sus mal elaborados cajones de madera a la llegada de cualquier falucho con turistas a bordo? Trataban de ganarse la vida, pidiendo limosna, pero de una manera simpática y cariñosa. Preguntaban a los transeuntes del Nilo si eran italianos, franceses, españoles, o de otro país, y ante la respuesta ofrecían de inmediato oportunas canciones bien entonadas de cantantes del país respectivo, y en la lengua original. Al final de la melodía, pasaban la gorra, como vulgarmente se dice, y caían algunas monedas en su pequeño barquito, lanzadas desde los faluchos.

A un tiempo situación tremenda, lamentable, curiosa, y expresión de cómo una infancia marginada y muy abandonada trata de sobrevivir como puede, con enorme creatividad, con gran y grave riesgo de perecer ahogados, o de ser duramente castigados por la policía. En Egipto son muchos los niños del Nilo que no tienen la fortuna suficiente, y las condiciones de su sociedad, para encontrar reconocidos sus derechos básicos, como el de una alimentación correcta, una escolaridad garantizada, y condiciones mínimas para una vida digna. Son estos niños del Nilo, los de la calle, los de la batalla diaria por la supervivencia, los compañeros de viaje de varios millones de niños que en los países pobres del llamado Tercer Mundo todos los días han de trabajar duramente, desde muy chiquitos, para sobrevivir, sencillamente. En minas, fábricas, cursos de agua, talleres, granjas, ámbitos de ganadería y agricultura, en muchos sitios, millones de niños son explotados con rigor, y no ven respetados los derechos de la infancia. En Egipto son muchos niños del Nilo, el mítico y bíblico río, los que se encuentran en tales circunstancias.